



VENECIA.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

CUARTEL DEL CENTRO.

Esta plaza de las Cortes, ó mas bien prolongacion de la Carrera de San Jerónimo y calle del Prado hasta el paseo del mismo nombre, estuvo desde su principio formada por grandes edificios religiosos y particulares.—De los primeros sólo existe la iglesia y convento de San Antonio, contigua al palacio de Medinaceli. El de monjas franciscanas de Santa Catalina, demolido por los franceses, fué sustituido, hácia 1818 por la bella manzana de casas de los señores Urdiaga; siendo únicamente de lamentar que no se hubiese aprovechado entonces aquel preferente sitio para la construcción de un gran teatro ú otro edificio público de majestuoso aspecto, que luciera convenientemente dando vista al Prado. En la misma construcción de dichas casas particulares se siguió entonces el sistema mezquinó y áporado que era de uso general entre nuestros arquitectos, y que seguramente no se hubiera adoptado por los actuales, ni por los dueños de obras, que sin duda algunos sabrían aprovechar mejor tan excelente localidad para una construcción elegante y digna. Entonces sin embargo se miró como un prodigio la obra de aquellas casas, y especialmente

el famoso *café* central, que también sirvió de salón de bailes y conciertos, pareció por aquellos dias el *non plus ultra* de la magnificencia á los honrados habitantes de Madrid, acostumbrados á pasar todas las tardes á desahogar sus fauces en el inmunda y vecino estand-boutillería de Canosa.

El otro edificio religioso al lado izquierdo de esta plaza, era el convento é iglesia de padres clérigos menores del *Espritu Santo*, fundado primeramente por el ilustre caballero modénés Jacome de Gracia ó de Gracia, en sus propias casas y calle que hoy lleva su nombre, y que después pasaron á ocupar las del marqués de Tabara, que estaban en este sitio, donde se construyó la iglesia y convento, terminándose aquella en 1684. Era edificio poco notable bajo el aspecto artístico; y además sufrió una casi destrucción á consecuencia de un violento incendio ocurrido en 1825 en ocasion de hallarse oyendo misa el duque de Angulema, generalísimo del ejército francés de ocupación, con todo su estado mayor, sobre cuyo suceso se hicieron entonces muchos comentarios.

Retirados los padres á consecuencia de esta catástrofe al convento de Portaceli, á la muerte de Fernando VII y convocación de las *Cortes generales del reino* en 24 de julio de 1834, fué designado este edificio para la reunión del *Estamento de procuradores*, y habilitado convenientemente el templo para salón de sesiones, dándole un ingreso decoroso por esta plazuela y otro por la sucesoria de la calle del Sordo, se hizo en el resto del edificio la distribución oportuna, y continuó sirviendo á este objeto en las diversas y horribles legislaturas siguientes hasta mayo de 1841, en que habiéndose declarado

50 en octubre de 1835.

(1) Véase la parte de esta obra.

realizó una gran parte de la obra, se trasladó el Congreso de Diputados al solar del templo de Orión. Acordada después por ley expresa la construcción del nuevo palacio, sobre el sitio mismo que ocupaba el antiguo (1), se volvió por S. M. la reina Doña Isabela II la primera piedra el día 10 de octubre de 1845, y siguiendo la obra bajo la dirección y planes del arquitecto D. Narciso Pascual de Colomer, quedó terminado en 1850, habiéndose celebrado en él la sesión régia de apertura de las Cortes el día 3 de noviembre de dicho año. No es de nuestra incumbencia el entrar en la descripción ni crítica artística de este suntuoso palacio, apreciado de diversas maneras por los inteligentes, pero que tal cual es, constituyó uno de los principales monumentos artísticos del Madrid moderno, y el mas importante acaso de los construídos en nuestros días.

De los palacios ó casas de la grandeza que ostenta dicha plaza, el mas considerable es extensión, y acaso tambien el mas antiguo en fecha, es el ya mencionado de los duques de Medinaceli, que comprende nada menos que 244,783 pies, con estensos jardines, huerta y pinedero. Creemos que fué mandada construir á principios del siglo XVII por el duque de Lerma D. Francisco Gomez de Sandoval, entonces marqués de Denia; y aunque poco notable por su arquitectura, lo es por la magnífica extensión de sus salones y oficinas, la suntuosa decoración de aquellos y el tesoro de curiosidades que encierra en su preciosa armaria, biblioteca, galería de pinturas, capilla y demás dependencias, todo verdaderamente régio, y propio de la grandeza de sus ilustres dueños. En este palacio habitó en tiempo de su privanza el ya dicho duque de Lerma, después cardenal de la S. I. R.; y con decir esto queda indicada la grande importancia que tuvo desde su principio aquella mansión. En ella vivió después el duque de Medinaceli D. Antonio de La Cerda, gran protector de los óstros ilustres de aquel siglo. En ella fué preso Quesada en la noche del 7 de diciembre de 1659; en ella sospechamos que habitó tambien Noyeda, Velaz de Guenara y algun otro de la ilustre pléyade de poetas de aquel siglo; y á ella se retiró en el siguiente el monarca D. Felipe V á la muerte de su primera esposa Doña Maria Gabriela de Saboya en febrero de 1714 (2).

Frontero á este palacio se eleva el elegante y moderno de los duques de Villahermosa, suntuosa obra de los primeros años de este siglo, construída por orden de la duquesa viuda Doña Maria Pignatelli y Guzmán, bajo los planes y dirección del arquitecto D. Antonio Lopez de Aguado. Este bello edificio es uno de las construcciones mas dignas é importantes de Madrid. Sus elegantes fachadas decoran dignamente el ingreso por aquella parte al hermoso paseo del Prado. Su interior es correspondiente á aquellas; distinguiéndose notablemente en grandiosa escalera, la magnífica capilla ducal y el suntuoso salon de baile en que estuvo el teatro del Liceo (3), y las preciosas habitaciones altas y bajas ocupadas por los duques propietarios, y que en 1825 habitó el delfín de Francia, duque de Angulema.—Antes de la construcción de este palacio existía en aquel sitio el de los duques de Maqueda, y otras casas, entre las cuales una perteneció al famoso licenciado Gregorio Lopez Madera, y otras á los condes de Alarcos, de Montigny, de Fuentes y de Arion, en una extensión inmensa, que toda quedó comprendida en el nuevo palacio y su estendida y bellísimo jardín al Prado, sus cocheros y accesorios á la calle del Turco.—Dentro de esta escuadra que forma el mismo, está una casa antigua y baja de aquel siglo, perteneciente en él al marqués de Charvoya, procedente de los mayorazgos de Porras y Boz-

mediano, que en algunos si por corrupción se refieren á los mismos de Valmediana y de Carres, cuyos titulares poseen y habitan dicha casa.—La casa única que forma la manzana 270 entre las calles del Turco y del Florán (en que hoy está la Dirección de Minas), perteneció en el siglo XVII á la marquesa del Valle, descendiente de Hernán Cortés; jugó fué de D. Luis Spinola, conde de Siruela, y posteriormente creemos que recayó en el duque de San Pedro que residió en Génova, poseyéndola en su nombre la hermandad del Refugio por cierta cláusula testamentaria del antecesor.

Al otro lado del palacio del Congreso, y ya en la Carrera de San Gerónimo, está la casa de los duques de Híjar, hoy notablemente mejorada con el cumplimiento de la nueva calle de Floridablanca entre ella y dicho palacio. Esta casa perteneció en el siglo pasado al marqués de los Balbases, que creemos la hizo construir ó reformar la que entonces existía, propia del marqués de Espinola, y antes del caballero D. Carlos Stratta, famoso y opulento comerciante, natural de Génova, aunque averindado en España, y tan considerado en la corte de Felipe IV, que mereció de él la merced del hábito de Santiago para sí propio, y para su hijo D. José la encomienda de las casas de Toledo y el título de marqués de Robledo de Chavela. En su casa se vistió el mismo rey D. Felipe el donativo 13 de febrero de 1637; á efecto de salir con todo el tren para la misera real que tuvo en el Buen Retiro en celebridad de la elevación al imperio de su cuñado el rey de Hungría; magnífica función, muy señalada en los anales de Madrid y que describe Pinedo con su acostumbrada prolijidad, enumerando los ostentosos adornos y grandeza con que estaba enriquecida la casa del caballero Stratta; el festín y regalos que tributó al monarca este opulento magnate.—El palacio actual de los señores duques de Híjar es ostentoso y digno de tan ilustres personajes, en quien han venido á reunirse los marquesados de Orán y de San Vicente, los condados de Arzuda, Salvatierra, Rivadeo y otros muchos; mereciendo especial mención en aquella el suntuoso salon del solío, apellidado de los tapices, en que todos los años recibe S. E. con gran solemnidad el vestido que llevó S. M. el día de la Epifanía; privilegio concedido por el rey D. Juan II al conde de Rivadeo en 1441 en memoria de haberle salvado la vida en cierta ocasión.—Es igualmente notable un lindo teatro en que se representaron hasta los primeros años del siglo actual por las personas mas distinguidas de la aristocracia, diversas funciones dramáticas y líricas, alguna de ellas, como la tragedia de Las trayunas, obra del anterior duque D. Agustín de Silva, á que algunas veces asistieron los mismos monarcas.

Contiguo á este palacio está el Hospital pontificio y régio de San Pedro de los Italianos, establecido en 1598 bajo la protección del nuncio Camilo Gaetano, y destinado á los naturales de aquel país. Tiene su pequeña iglesia muy concurrida, y en la que se celebra el culto con notable aparato; pero que bajo el aspecto artístico ofrece poco digno de atención.—Frente á esta iglesia y hospital estaba el convento de monjas bernardas llamadas de Pinto por haber sido fundado en aquella villa en 1520 y trasladada á Madrid en 1588. Era un edificio muy poco notable, y su iglesia pobre y desuada de adornos; pero con su jardín accesorio comprendía 60,779 pies entre la Carrera de San Gerónimo y la calle del Baño, y habiendo sido demolida hácia 1837, y vendido este terreno, se construyeron en él las magníficas casas de los señores D. Vicente Juan Perez y duque de Bolinoyor; y posteriormente, y habiéndose hecho necesarios la regularización y ensanche de aquel preferente sitio, fué preciso comprar por la villa para demolerla la moderna casa de los duques de Tamames y la inmediata con vuelta á la calle de Santa Catalina, propia de la marquesa de Valdegeims, en cuya esquina estaba el famoso solarillo babilónico de Canosa, ya indicado.—En el solar que quedó después del ensanche de la Carrera, y que fué comprado (como recordamos mal) al anónimo precio de 124 reales el pie de sitio, por el opulento banquero señor D. Francisco de Las Hinas, se construyó por el mismo en 1847, bajo los planes y dirección del malogrado y joven arquitecto D. José Alejandro y Alvarez, la preciosa casa que es uno de los edificios modernos mas señalados de Madrid.

Otras varias casas propias de la grandeza se levantaron en esta carrera en los siglos XVII y XVIII, algunas de las cuales existen aun, como la señalada con el núm. 3 antiguo y 40 moderno, propia de los marqueses de Harbiera esquina á la calle del Baño; la del núm. 38, propiedad hoy del general Lizaso, que fué del marqués de Casa Pontejos esquina á la del Lobo; la del príncipe de las Torres, en donde estuvo la famosa fonda y café de la Fontana de Oro, y después el hotel y librería de Nouze; y á la acera izquierda las suntuosas del marqués de Santiago (donde ahora está el casino) y la del conde de Villapadierna D. Antonio Pando y Bríngas, hoy del señor marqués de Miraflores (4).

(1) En el cuarto cuaderno de este obra nació y murió en 1860 el digno conde de Madrid é inolvidable patriota D. Joaquín Vascos, marqués conde de Pomejor.

(1) Este acuerdo fetal pasó á la capital de España de ostente en sitio conveniente un monumento público de tan alta importancia, al arquitecto de hacer la capellania de sus planes; y al Congreso mismo de su futura consistencia y dibujo. Pero la inobediencia y costoso de los terrenos palatinos padieron mas que las razones de conveniencia que se respetaron para la construcción de este palacio en el sitio que ocupó el templo, ó en la fuerza de la casa en que hoy está la Dirección de Indiferencia, suponiendo la desaparición de esta, y dando aquel frente al magnífico salon del Prado. Ambas cosas son mas convenientes, mas costosas y hacerlas por la mayor oportunidad y utilidad del terreno, lo que por el aspecto y acceso convenientes; pero el gobierno liberal progresivo de aquellos años no supió limitadamente en satisfacer el acuerdo de construir el nuevo edificio en el mismo sitio antiguo, para atender la memoria de ambos, así como el gobierno anterior de 1834, apellidado moderado, se negó á consentir á ceder las primeras Cortes genovitas en el antiguo solar del templo de Doña Maria de Aragón; porque no parecían que era una continuación del templo de Doña de 1525; y después al mismo el templo del hospital Santa para el Espiritu de Praxedora, y el templo del Retiro para el de Potosí.

(2) Históricamente el acuerdo de la Corte de Madrid, Colmenar, 1719.
(3) El loco curioso y literato de Madrid, que por magnífico existencia llegó á figurar como expresión de la parte mas bella y distinguida de nuestra sociedad madrileña, tuvo principio en el mes de abril de 1816, en una reunión sociedad celebrada accidentalmente en casa de D. José Fernández de los Rios, en la calle de la Guzman número 16, en aquel tiempo. Formándose desde luego todo la sociedad, pasó á ocupar el cuarto principal de la casa número 24 de la calle del León. Posteriormente el de la casa de la de las Fuentes; después la del señor Belmonte, núm. 30 de la de Aschti, donde fué celebrado sus reuniones públicas de pinturas, sus sesiones de conferencias y reuniones, y mereció el alto honor de recibir á S. M. la reina; trasladada por último esta brillante sociedad en 1829 al palacio de Villahermosa, y establecida en ella su teatro, que sobrevivió y se abrió de capellanía y de acciones, llegó á su apogeo entre 1840 y 45, en que empezaron á decaer, por diferentes causas hasta terminar su existencia en 1850.

Las calles que ponen en comunicación esta elegante *Carrera* con la suya más espléndida calle de Alcalá, no corresponden de modo alguno á la importancia de ambas, y á la numerosa y activa circulación que existe entre ellas. Son por el contrario de las más estrechas, más queñas y más decoradas de Madrid.—Empesado por el lado más inmediato á la *Puerta del Sol*, se nos presenta desde luego (y talmente en el punto más importante por la confluencia de las calles del Príncipe y de la Cruz) la magnífica y sombría apellidada antiguamente de *los Panaderos*, después de *los Peligros* (ancha!) y en la actualidad de *Sevilla*, y que por su estrechez ha habido necesidad de cerrar al tránsito de carruajes colostandola.—Flaquean á este *coleccion* por ambos lados los dos aun más inmundos, apellidados, el primero en lo antiguo de *los Bodegones*, después de *Rita*, y actualmente *trapos de los Peligros*; y frontero á él el de *los Gitanos*; verdaderos albañales de inmundicia, dignos en un todo de sus menguadas nombres y reputación.—La calle de *los Cadaveros*, también estrecha, aunque habilitada por la necesidad para el tránsito de carruajes, ha reformado en estos años su aspecto, quedando en pie todavía del antiguo los casas principales, una señalada con el núm. 44 nuevo, que fué del *marqués de Valparaíso* y después de los *condes de Ponsard*; y otra, núm. 45, con vuelta á la calle del Sordo, del *marqués de Santiago*.—Dicha calle del Sordo, y su paralela la de la *Grada*, están avocadas á grandes mejoras por la importancia que han adquirido con la construcción del palacio del Congreso, cuya fachada N. da frente á la primera; pero siempre será estrecha y sombría á su entrada por las arquerías de los Italianos y del duque de Híjar, y solo mejorará á su extremo al llega á efectuarse el proyecto existente de romper su salida al Prado desde la calle del Turco por el jardín de Villahermosa.—La de la *Grada*, aunque no puede esperar por el pronto igual rompimiento y salida que le sería su embargo necesaria, en razón á interponerse el edificio del colegio de Sordo-mudos, ha aprovechado para su reforma casi total, de la venta hecha en estos últimos años del inmenso jardín y corralón que pertenecieron al palacio del duque de Maceda y después á la duquesa de Medinaceli; entre dicha calle, la del Sordo y la del Turco.—En este terreno, además de haberse en su nueva calle travesía titulada de *Jovelanos*, se han construido varias casas nuevas, algunas de ellas verdaderos palacios, como las de las señoras *Carbajal* y *Oguzan*, que dan á la calle del Turco. Entre las construcciones nuevas del resto de la de la *Grada* merece especial mención la elegante casa del *señor Boya*, dirigida por el arquitecto D. Domingo Lafuente.—La calle del Turco, apellidada antes de *los Siete jardines*, no ofrece otro objeto de interés que el gracioso y prolongado edificio construido en los últimos años del siglo anterior bajo la dirección del arquitecto D. Manuel Martín Rodríguez, sobrino y discípulo del famoso D. Ventura, y con destino á *almacen de cristales* procedentes de la real fábrica de la Granja. Hoy está ocupado en gran parte por el *Colegio de sordo-mudos y ciegos*, escuela institución fundada por la Sociedad Económica Madrileña; por otras enseñanzas ó escuelas, y la secretaría de esta, y hasta hace pocos años estuvo también en él el *Conservatorio de Artes*, celebrándose en sus salas las exposiciones públicas, hasta que pasó el convento de la Trinidad.

Cumplenos ya entrar en la gran calle de Alcalá, la primera, más autorizada y digna vía del Madrid moderno, desde la Puerta del Sol al paseo del Prado, ó más bien al arco de Triunfo que sirve de entrada al camino real de Aragón y lleva el nombre de *puerta de Alcalá*.—Hemos dicho en otro artículo que cuando Madrid estaba limitado á la parte oriental por la *Puerta del Sol*, existía entre dicho sitio y el Prado de la villa un estenso olivar que dió su nombre á la nueva calle formada á mediados del siglo XVI, con el nombre de *calle de los Olivares* y *Canoas de Alcalá*.—Prolongación de la Espartosa línea de Poniente á Oriente que venía dividiendo á Madrid desde la antigua puerta de la Vega, la calle de Alcalá, como su paralela la Carrera de San Gerónimo, no tardó en ser preferida por las clases más elevadas para la construcción de sus aristocráticas mansiones, y para la fundación (de moda en aquellos tiempos) de suntuosos conventos y casas religiosas.—De estos, además de la iglesia y hospital Real del *Buen-Sucoso* (que ocupó el ingreso de esta calle y la carrera de San Gerónimo, y de que ya tratamos en otro artículo), se trajo ya á la de Alcalá, y cuando aun era arabal, á media legua del siglo XVI, el de monjas Benaridas que existía en la villa de *Villavieja*, fundada por Alvar García de los Rivasoneys, maestra de Enrique IV, construyéndose las de orden del cardenal Sículo, arzobispo de Toledo, el convento de iglesias que ocuparon hasta nuestros días con vuelta á la callejuela, que tomó el nombre de una imagen de Nuestra Señora de poco más de tercia de alta, que trajo el doctor Herrera de Jaén, y á quien por los tejidos de que le había librado, puso el advocación de *Nuestra Señora de los Peligros*; título que por otro lado justificaba muy bien la tal callejuela, aun más que en el día, hasta fines del siglo pasado, ya que avanzaba tanto la cerca del convento que la reducía á una

sumá estrechez; hasta que el conde de Montareo, presidente de Castilla, á despecho de las monjas, y con una dosis de energía, muy notable en aquella época, le hizo retirar hasta el sitio que ocupa en el día. Este edificio, desdichado y viejo, que después de la traslación de las monjas ha sido sucesivamente destinado á instrucción de *quintos*, á *Colegio electoral*, á *Museo flamencomen*, á *Bolsa de comercio*, á *Teatro lírico* y á *Colegio de enseñanza*, debe sin embargo desaparecer muy pronto para dar lugar á la construcción de otro más importante y propio de tan privilegiada localidad, que permita también ensanchar y regularizar considerablemente la estrecha y pasajera calle de los Peligros.—A principios del siglo XVII se trasladaron también á Madrid desde la villa de Almonacid de Zúñiga las señoras *comendadoras de la orden de Calatrava*, y con la protección y dones del monarca, pudieron construir su iglesia y convento, que no carecen de ostentación, en el sitio que hoy ocupan en el alto de la calle de Alcalá, á la cual favorece mucho la hermosa cúpula que cubre el crucero de su templo. Este convento y en religiosa comunidad se han salvado de la destrucción y trazo general de esta última época, continuando sin interrupción en el culto divino con gran solemnidad y pompa, á que se asocian las órdenes militares de *Calatrava* y *Montesa* que asisten en él á sus solemnes funciones y ceremonias.—Todavía más adelante, en la misma calle y en el terreno convertido hoy en jardín del marqués de Casa Riera, había otro convento de Monjas Carmelitas recoletas denominadas *las Baronesas*, por su fundadora la baronesa Doña Beatriz Silveira, que fué demolido y vendido en 1836.—Ultimamente, enfrente de éste se construyó con puerta á la calle de los canos de Alcalá en los primeros años del siglo XVII el convento de *padres Carmelitas descalzas* de San Hermenegildo, aunque la iglesia actual fué concluida en 1742; hoy sirve de parroquia de San José, y es acaso la más hermosa y capaz de las iglesias parroquiales de Madrid. Fué trasladada á ella la parroquialidad á la extinción de los regulares en 1856, habiendo estado antes en el hospital de Remedios calle de San Marcos, en las monjas de Góngora y en la capilla que fundó para este objeto en 1745 en la sala teatro de su propio palacio el duque de Frias D. Bernardino Fernández de Velasco.—La iglesia actual de San José del Carmine tiene antigua la capilla de Santa Teresa, fundada primitivamente por el célebre y desdichado ministro D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, y en la cual estuvo depositado su cadáver hasta ser trasladado á las monjas de Portaceli de Valladolid. El convento que ocupaba toda la inmensa manzana número 288 entre las calles de Alcalá, de las Torres, de las siete Chimeneas, hasta la del Barquillo en una extensión de 202,688, tiene en el día el destino de *Intendencia general militar*, y la huerta (que ya había sido merceda en tiempo en que vivía en la casa fronterera el príncipe de la Paz, para fomentar la pizcueta que tomó del mismo el título del *Almirante*), ha sido vendida después, y construido en ella diversas casas del *señor Burgo*.

Entre los edificios civiles que ostenta esta hermosa calle de Alcalá, sobresale por su belleza é importancia y ocupa el primer lugar después del Real Palacio entre todos los públicos de Madrid, el construido en el reinado del gran Carlos III con destino á *Aduana* y que hoy ocupa el *Ministerio de Hacienda* y sus dependencias. Los planos y dirección de este suntuoso palacio, terminado en 1769, corrieron á cargo del general D. Francisco Sabatini, y su elegante arquitectura, y el buen gusto de su ornato recuerdan á la memoria los primeros y más celebrados palacios de Italia, al paso que por su extensión, solidez y grandezca puede sostener la comparación con los buenos de otras capitales. Desgraciadamente no hubo la mejor elección en cuanto al sitio en que está construido, cosa rara é intercalado entre las demás casas, que no le permiten ostentar fachadas laterales á Levante y Poniente y compare con la independencia y desahogo que reclama su importancia y mérito artístico; y lo peor fué que para adquirir aquel sitio tan inconveniente, hubo necesidad de comprar á gran costa, hasta diez y seis casas que ocupaban aquella superficie de 80,000 pies próximamente, y demolidas, en vez de haberle situado, por ejemplo, en el sitio que ocupa la casa que hoy sirve de *Dirección de Infantería* al término de la calle, y dando frente al Prado.

Lindante con este suntuoso edificio luce todavía (proporción guardada) el otro que ocupa su su parte principal la *Real Academia de Nobles Artes de San Fernando*, y en el piso segundo el *Gabinete de Historia natural*, á cuyo reunión alude la elegante inscripción que Don Juan de Estrle compuso, y está colocada sobre la puerta principal: «*Carolus III. Rex, Naturam et artem sub uno tecto in publicum utilitatem consozioit.*»—Efectivamente, en los salones bajos y principales, ocupados por la Academia, se encuentran sus bellas galerías de pintura y escultura y algunas de sus enseñanzas; y en la parte alta de este edificio el precioso Gabinete de *Historia Natural*; pero esta reunión de ambos importantes establecimientos, que pudo tener efecto en una misma casa cuando aun puede decirse, nacientes, no tardó en hacerse imposible con el aumento y prosperidad sucesiva de ambos; y

ya en el reinado del mismo Carlos III, dispuso aquel gran monarca la construcción del magnífico Museo del Prado con destino á la colocación del de Ciencias naturales; pero como á aquel suntuoso edificio ha seguido otra aplicación, al paso que el gabinete ha crecido extraordinariamente en preciosos objetos de los tres reinos, que no pueden ser distribuídos ni colocados científicamente en las estrechas y sombrías salas de esta casa, es de absoluta necesidad su traslación á otro edificio, si puede ser: consensuó expresamente, sobre lo cual creemos que existen planes y aun cation por parte de S. M. del sitio conveniente en el Retiro, reuniéndose así como debían los tres establecimientos que forman el Museo de ciencias naturales, á saber: el Gabinete, el Botánico y el Observatorio Astronómico.—La Academia de Nobles Artes de San Fernando tampoco está bien colocada, ni lo estaría aunque quedase sola en el edificio; y por lo menos debería habérsela concedido exclusivamente para sus cátedras y galerías todo el convento de iglesia de la Trinidad donde hoy están el Ministerio de Fomento y Conservatorio de Artes.—Esta casa de la calle de Alcalá fué obra del arquitecto Don Pedro Ribera, adquirida á censo por el gobierno de D. Francisco de Goyena, conde de Sacdona, marqués de Belzunce, y no carece de grandiosidad, especialmente en su portal y hermosas escalera, si bien recargó la portada con los adornos acostumbrados de su gusto, que fueron mandados quitar, y reformada aquella cuando Carlos III colocó allí la Academia y Gabinete; tiene de sitio 36,693 piés.

Aunque no precisamente en la calle de Alcalá, sino mirando á esta desde mucha distancia, se levanta sobre una eminencia el ostentoso palacio de Buenavista que hoy ocupa el ministerio de la Guerra, obra verdaderamente régia, mandada hacer á los últimos del siglo pasado por la célebre duquesa de Alba Doña María del Pilar Teresa de Silva y su esposo el marqués de Villahermosa, que se llegaron sin embargo á verla concluida ni á habitarla. En 1805 fué comprado este palacio á los herederos de la duquesa por la villa de Madrid, y regalado al Almirante príncipe de la Paz, que tampoco le llegó á ocupar, y sequestrados en 1808 los bienes de este, ha venido recibiendo distintas aplicaciones como Parque de Artillería, Museo Militar, habitación del Regente del Reino, duque de la Victoria (I), del embajador turno Food-Efendi, y por último Ministerio de la Guerra. En el sitio que ahora ocupa este suntuoso palacio y sus cercanías, estaban las casas del marqués de la Ensenada, de D. Francisco de Rojas, Diego de Vargas, D. Rodrigo de Silva y otros, formando las calles de la Emperatriz, de Buanavista, hoy cerradas, y que salían á la del Barquillo, y la plazuela de Chambéry, dentro del inmenso término comprendido ahora bajo el número de la mansana 277 y que ha absorbido también la 280 y 297. A su límite por la calle de Alcalá á la del Barquillo y el paseo de Recoletos, se alza hoy la elegante y moderna casa del marqués de Casa Traja y la de la Dirección de Infantería.—Limitándonos á este último edificio (hoy considerado también como del Estado, aunque procedente igualmente del secuestro de Godoy y donde vivía su hermana D. Diego en 1808), habremos de detenernos muy poco en él, pues no lo merece ciertamente; y únicamente como recuerdo histórico diremos que su hermosa jardín es la misma famosa huerta del veedor Juan Fernández, célebre por su amenidad, y relacionada con las memorias poéticas del siglo XVII, como sitio que era entonces de pública recreación, y á que studieron y en el que colocaron algunas ingeniosas escenas de sus dramas los célebres escritores de aquella época, entre ellos *Pardo de Molina*, que le dedicó y consiguió su nombre en una comedia entera, *La huerta de Juan Fernández*.

Estos son los públicos edificios de la hermosa calle de Alcalá, que como tan principal y señalada no tardó en ser escogida por la nobleza de la corte para su residencia y mansion, construyendo desde principios del siglo XVII considerables casas particulares de que hoy existen ya muy pocas, habiendo sido sustituidas casi todas con otras aun más suntuosas y decoradas.—Entre las primeras aun existentes de aquella época, apenas podrá citarse alguna otra como la última de dicha calle con vuelta al Prado, propia hoy de los marqueses de Alcañices, y antes de los duques de Arion, construida por D. Luis Méndez Carrion, marqués del Carpio, y que aun conserva la torrejilla sobre su esquina, con que la vemos designada en el plano de 1636 y en un precioso cuadro de la época que posee el señor D. José de Salamanca.—La contigua casa que fué del marqués de Villamaina y después de los condes de Campo Alange, sirvió desde muy antiguo de residencia á la embajada de Inglaterra. En ella suponemos que se apodó en 1625 el príncipe de Gales que vino á Madrid á pedir la mano de la infanta Doña María, hermana de Felipe IV. En ella se refugió en 10 de mayo

de 1796 el famoso ministro de Felipe V, duque de Ripcordi, y de ella fué estroldo el 23 con notable alboramento y violencia de la mansion del embajador Stanope que ocasionó tan vivas reconvenciones del gobierno Británico. En ella en fin hemos conocido á nuestros dias á Ministros de la Gran Bretaña, á Sir Enrique Walling, hermano del célebre Lord Wellington; Sir Jorge Wiltiers (Lord Chvrendon), actual ministro de Negocios extranjeros en Inglaterra; Mister Aston y otros, hasta que adquirida dicha casa por el rico banquero señor de Suda Marcó, la hecho construir en su solar en estos últimos años la más ostentosa y magnífica entre las particulares de Madrid, y la que merece mas la importancia, riqueza y gusto de la nueva aristocracia mercantil que ha sustituido en gran parte á la nobiliaria. Esta grandiosa construcción fué dirigida por el mismo malogrado arquitecto D. José Alejandro Alvarez, que dirigió también la del señor Las Rivas en la Carrera de San Gerónimo.—La casa palacio núm. 64 que hoy posee el marqués de Casa Riera, y ha enriquecido con obras de consideración y con un nuevo jardín en el solar del convento de las Baronessas, es también moderna, de principios del siglo actual, y fué construida y señalada en dote para la señora duquesa de Abrantes, por cuya circunstancia era designada con el nombre de *la casa de los alféres*. En lo antiguo existía en este solar la que el marqués de Añón (de quien ya hablamos en el artículo correspondiente á la parroquia de Santiago) hizo labrar para su hijo natural D. Rodrigo de Herrera, célebre poeta dramático, autor de las comedias *Dal ciclo riene el buen rey* y *La fe no ha menester armas*. Después fué del conde de Miranda y de las memorias fundadas por el marqués de Mancera. En el edificio nuevo vivieron en nuestros dias los marqueses de Ariza, el embajador de Rusia, príncipe Tatíschef, y el célebre provisionista del ejército francés y gran financiero Mr. Overard, en 1825 y 24, en cuyo tiempo se celebraron en sus salones magníficos saraos y festines, hasta que la adquirió el señor Riera que ha invertido en su decoración grandes sumas. La estension de esta casa y sus dos jardines es inmensa; además tiene enfrente, en la calle del Turco, otra también grande para cocheras y oficios, con la que se comunica por una galería subterránea.

Las dos casas modernas que están mas arriba, conocida una por la de los Heros y por el Almacén de cristales, y la otra en que se halla el depósito Hidrográfico, fueron también de la antigua nobleza, y la del conde de Sacdona que solo tenía piso bajo, aunque en la grande estension de 32,284 piés, también ha sido sustituido por un nuevo y ostentoso edificio propio del señor Casariego.—Otros opulentos capitalistas y banqueros, como los señores Calderon, Fontagut Gargallo, Oles y Barrio, han construido en estos últimos años elegantes casas en el sitio que ocupaban las antiguas, siendo entre ellas digna de especial mención la última citada del señor D. Mariano Barrio que hace esquina y vuelve á la calle de Sevilla y en la que está el café Swée, y sobre el sitio en que antes se alzaba la del mayrazgo de Ibarra y Vargas que fué de los condes de Mora, marqueses de Valdecorsana, y habitada en nuestros dias por la duquesa viuda de San Fernando. De toda aquel trozo de calle hasta el Prado, no ha quedado pues en pié de las casas antiguas mas que la señalada con el núm. 44 nuevo, que hace esquina y vuelve á la de Cedaceros, y fué del mayrazgo fundado por Baltasar Gal Inan de la Mata.—Del otro trozo de esta acera hasta la Puerta del Sol, puede decirse poco mas ó menos lo mismo, pues nuevas son las contiguas al Buen Suceso, las suntuosas de la sociedad del Iris y Banco de Fomento, la hoyísima de los Baños que ahora terminan el señor Murga, y otras, todas construidas sobre las ruinas de las antiguas de mayrazgos y obra de la opulencia mercantil y de la clase media que ha desalojado de allí á la antigua aristocracia.—Lo mismo sucede en la acera de enfrente, donde á escepcion de la casa del marqués de la Torrevilla, núm. 45, inmediata á la Aduana, donde hoy está la fonda y oficinas de las diligencias generales, y la señalada con el núm. 25 nuevo, del conde de Pimbermas que fué del de Villateal, ninguna otra queda ya de las del siglo XVII, habiendo sufrido las restantes renovación completa ó parcial en manos de los capitalistas modernos.

Tal cual es hoy esta hermosa calle, no solo por su bella situación, por su espaciosidad y anchura, sino por la elegancia de sus edificios, es sin disputa la mas digna de Madrid, y tiene pocas semejantes en las primeras capitales de Europa. Hübiera sido sin embargo antes de su entrada por la Puerta del Sol conservarse una andadura mas en relacion con el resto, y no existiese la enorme diferencia que existe entre 47 piés que tiene por aquel extremo y 225 que llega á contar á la entrada del Prado, casa que solo puede considerarse con la desaparición del hospital de iglesia del Buen Suceso. Tambien pudiera haberse suavizado algo mas el desnivel del pavimento, de suerte que permitiera disfrutar su vista de un estremo al otro; si bien es preciso confesar que en estos últimos años ha recibido considerables mejoras en este punto, y con la colocación de sus preciosas aceras, de las columnas para el alumbrado, y el plantío de los árboles en toda la mitad baja que le permite por su anchura, en las

(1) Una diction á la vez de la casa de la embajada inglesa, en la acera izquierda, y de la capataz influencia que ejerció el ministro británico en los consejos del rey, se debe haber aparecido no dia de 1831 este periódico.

acercada mucho al grado de magnificencia que reclamaba la primera calle de la capital del reino.—Bajo este carácter (que no adquirió sin embargo hasta ya entrado el siglo XVIII, venciendo á su rival y paralela la Carrera de San Gerónimo) la calle de Alcalá viene ocupando las páginas de la historia madrileña en esta última época, y figurando desde entonces en primera línea en las ocasiones solemnes á que dieron lugar las guerras, los levantamientos y tumultos populares, las entradas triunfales y las ceremonias y festejos de la corte y de la villa. En unas ocasiones, y según lo ha requerido la circunstancia, se ha visto cubierta de tropas y cañones, de fosos y parapetos; en otras (por fortuna mas frecuentes) se ha mirado engalanada con los arcos de Tito y de Trajano, con las agujas de Lubor, con los templetes alegóricos de Atenas y Corinto; cubierto de flores su pavimento, sus fachadas y balcones de ricas colgaduras, y desterradas de ella las sombras de la noche á beneficio de innumerables combinaciones del fuego y de la luz; solo en lo que va de siglo, á mas bien desde 1808 acá, en cuyo día 24 de marzo empezó Fernando VII sus repetidos triunfos caseros, hasta el día, se agolparon en ella todas las fortas de monumentos, todos los gustos artísticos, todas las combinaciones del triunfo y del carton, emblemas en verdad hártó simbólicos de aquellos triunfos *inmortales*, de aquellas *ovaciones* de circunstancia, de aquellos apoteosis de ocasión.

R. DE MESONERO ROMANOS.

LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuación.)

«A mi llegada á esta ciudad me he presentado á los testamentarios de mi difunto tio, y... ¡no quisiera afligir á Vda. con el relato del indigno recibimiento que les he debido! He sido tratado como un farsario, me han escarnecido, se han burlado de mí sin compasión! Sin embargo, aun fin en la justicia de los hombres, y sobre todo en la de Dios, que no nos desamparará. Participen Vds. de mi fé, y sirváles de consuelo el saber que aun existo para trabajar por la felicidad de todos. Me he presentado á los augulos para quienes me dió cartas de recomendacion D. Mateo, y me han prometido cooperar al feliz término de mi empresa, aunque tardaré en conseguirla, porque los testamentarios se defenderán con las armas que nos han usurpado, que aquí como en Europa son poderosas.»

Ignacio concluyó suponiendo que su hermana y Mateo se habrían casado; se acordaba del señor cura, de Antonia y otros vecinos, y adicionaba su carta con la siguiente postdata: A mi madre que me encomienda todos los días á la virgen del Carmen.

—¡Pobre hijo mio! exclamó Mari al terminar Martin la lectura. Cuántos riesgos ha corrido! pero al fin la Virgen Santísima le ha salvado.

—¡Para lo que há adelantado con salvarse!... murmuró Bautista con desden, lo que hizo aparecer la indignacion en el rostro de todos los presentes.

—Bautista! dijo Martin con severidad. Esos sentimientos no son los que tus padres han procurado inspirarte. Ah! tienes muy mal corazón!

—Sí, añadió Mari, ese ha de acabar en un peñedro!

V.

LOS LADRONES.

Bautista bajaba con frecuencia á casa del cura á saber cómo seguía el indiano, que continuaba en cama de resultas de la gravísima herida que le causara el disparo de su propia escopeta. Su carácter era cada vez mas discolo para con su familia, y tanto que sus padres envocaban espantosamente y enfermaban á rauda de los disgustos que les daba; pero respecto á la familia de D. José, sucedía todo lo contrario; aquellas buenas gentes se admiraban de que tan complacientemente se hubiera vuelto para con ellos, y Antonia se desvivía por mostrarle su agradecimiento, preparándole excelentes almuerzos, y confiándole cuanto pasaba en la casa.

Comenzaba á declinar la tarde.

En un rebollar inmediato al caserío de Echidera se alzaba una blanca humareda, lo que indicaba que allí había carboneros. En efecto, uno de estos cuidaba de la *hoya*, nombre de origen vascongado que se dá en aquel país al monton de leña que se carboniza, y otros cuatro partían nuevo combustible á corta distancia. En lo mas alto del

rebollar había una cabaña, formada de palos cubiertos de una capa de helecón, á la que á su vez cubria otra de terrones anchos y delgados.

Uno de los carboneros se encaminó á la cabaña. Avivó la lumbre, que á la puerta de esta daba calor á una olla llena de habas secas y cecina, echó harina de maiz en una *desga* ó artesa, y se puso á amasarla, en tanto que una pala de fierro se ponía candente. Luego fué haciendo *talor* ó tortas delgadas como galletas, las fué cociendo en la pala, y cuando tuvo el número suficiente se puso de pié, y gritó formando uno especie de bocina con la mano:

—¡*Abruu!*

Sus compañeros contestaron al *tortero* con un grito igual, y clavando las hachas en el tronco de un roble, se encaminaron á la cabaña.

Acabaron de comer, encendieron sus pipas, las desocuparon, y aun permanecían sentados á la puerta de la cabaña.

La noche comenzaba á cerrar. Los carboneros hablaban en voz baja dando muestras de impaciencia. Un instante después apareció en el rebollar un hombre que se encaminó hácia la cabaña. Los carboneros dieron muestras de satisfacción al verle.

—Vamos, dijo el recién venido, que yo necesito volver temprano á casa para que no se eche de ver mi ausencia.

—No nos detengamos, contestaron los carboneros.

—¿Qué armas tenéis?

—Ninguna.

—Pues yo llevé dos pistolas y un cuchillo, dijo el desconocido.

—Nosotros, replicó uno de los carboneros, vamos á robar, pero no á matar.

—Cada uno hará lo que le dé la gana; pero no perdamos tiempo, que andando os enteraré de todo y acabaremos de arreglar nuestro plan.

Todos se hicieron la cara con císcio mojado, y echaron á andar rebollar abajo.

—¿Qué, no viene Chomin? preguntó el desconocido señalando al que vimos cuidando la hoya.

—No, contestaron los carboneros. *Maldeu* la hoya, y es preciso que se quede alguien cuidándola.

Maldear la hoya se dice cuando se halla en disposicion de comen-zarse á extraer el carbon de la parte baja.

Media hora después sólo había en el rebollar un hombre que cantaba incesantemente, lo cual hizo exclamar á las pocas gentes que andaban por aquellas inmediaciones:

—¡Qué buen humor gasta ese condenado de Chomin!

La casa del cura de Güeños estaba situada entre unos nogales, algo apartada de las otras, y era uno de esos edificios de piedra caliza medio-palacios medio-fortalezas, adornados con grandes escudos de armas sobre la puerta, y un cuadrante ó meridiano de piedra incrustado en una de sus esquinas, que con tanta frecuencia se ven en las provincias Vascongadas, y particularmente en las Encartaciones.

En aquel país donde es costumbre madrugar así pobres como ricos, ríen en las aldeas el mas completo silencio durante las primeras horas de la noche, porque entonces es cuando mas profundamente dormidos estan sus moradores. El primer sueño es á la vez un profundo y dulce letargo para los activos aldeanos.

D. José dormía, Antonia también, y solamente vaiba en su lecho el indiano, á quien quitaba el sueño la calentura.

—Guan, guan, guan! comenzaron á ladrar los perros.

—Tío! dijo Mateo á D. José, que dormía en un cuarto inmediato al suyo.

D. José no contestó; estaba profundamente dormido.

—Guan, guan, guan! continuaron los perros.

—Tío, tío! repitió Mateo.

Al fin respondió el señor cura, y Mateo le dijo:

—Leon y Capitan ladran mucho, y me parece que he oido sonar las tejas del horno.

—Las moverá el aire que no deja de soplar, y ladrarán los perros por eso.

Tío, y sobrino guardaron silencio.

Pero Leon y Capitan seguían ladrando como si los desollasen vivos.

—Tío, dijo Mateo, me parece que mueven la ventana del comédor. Como se alcanza á ella desde el tejado del horno, no sea que...

—No seas tonto, hombre, contestó el cura medio dormido. Si es el aire!

—Lo veremos, dijo Mateo. Y á pesar de su extrema debilidad, se levantó y abrió quedó la ventana de su cuarto que estaba en el mismo plano que la del comedor; pero nada absolutamente pudo distinguir, porque la caudal era cotepleta y el viento le hizo retroceder de la ventana.

Leon y Capitan seguían ladrando.

Mateo seguía oyendo chascar las tejas del horno y mover la ventana.

—Pues yo he de ver qué es eso, dijo el indiano.

Y tomando su escopeta, se dirigió al comedor; pero al acercarse á la ventana, se abrió esta con fracaso, y un hombre se lanzó dentro.

El indiano se echó á la cara la escopeta; pero antes que pudiese dispararla, saltó de sus manos hecho pedruzcos por un pistoletazo disparado por el ladrón. Este se lanzó dentro, y tras él otros tres, y arrojándose todos sobre Mateo, le derribarón al suelo, le taparon la boca con un pañuelo y le ataron de pies y manos.

Aquellos hombres pasaron al cuarto del cura, y luego al del ama, é hicieron la misma operación. En seguida se apoderaron de cuanto dinero y cuentas alhajas de algun valor había en la casa, con tal conocimiento de esta, que hasta dieron sin vacilar con lo que estaba más escondido. En seguida huyeron por la puerta principal, pues iban demasiado cargados para salir por la ventana.

Pero hé aquí que algunos vecinos de Güeñes habían oído el tiro disparado por los ladrones, y arrojaban por el notecial arriba.

—¡Alto! gritaron á los malhechores, que en aquel instante salían de la casa. Pero los ladrones echaron á correr por la arboleda. Hicieronles luego sus perseguidores, y uno de ellos cayó herido de alguna gravedad, precisamente el que llevaba efectos de menos valor. Los restantes véteraron el Cadagua, protegidos por la espesa sombra de los nogales, y se salvaron en las arboledas de la Jara.

VI.

MISTERIOS.

Seis meses después de los sucesos narrados en el capítulo anterior, una hermosa tarde de primavera salieron de su casa el cura y su sobrino, y tomaron la cuesta de Echéderra.

No llevaban la escopeta al hombre como en otro tiempo habían, sino un grueso bastón en la mano, porque sin aquel apoyo, particularmente Mateo, apenas hubiera podido dar un paso sin caer.

El cura, antes grueso, colorado como una manzana, y siempre con la sonrisa en los labios, estaba casi desconocido: su cabello había encanecido extraordinariamente; había disminuido su obesidad; su rostro estaba arrugado y pálido, y la tristeza de su alma se reflejaba en su semblante y en sus palabras. Grandes debían haber sido las amarguras del bondadoso párroco durante algun tiempo, para que se verificase en él tan extraordinario cambio.

Mateo era también una sombra de lo que había sido: la palidez de su rostro y la demacración de todo su cuerpo eran espantosas; hubiérasele creído uno de esos desventurados jóvenes, cuyas fuerzas ha ido consumiendo lentamente la calentura, y de quienes se aparta el vulgo persuadido de que la tisis es una enfermedad contagiosa.

El triste párroco, que necesitaba apoyo y consuelo, se creía obligado á sostener y consolar á su sobrino; que las que tienen una alma tan generosa y tan buena como la de aquel digno ministro de Dios, olvidan las necesidades propias en presencia de las ajenas.

—Vamos, Mateo, ánimo! decía. Está deliciosa la tarde; por todas partes brillan lagos y flores, y no hay rama en que no cante un pájaro. Es preciso que te distraigas, á ver si en quince ó veinte días te pones enteramente bueno.

—Tío, contestó Mateo, la naturaleza sonríe; pero mi alma llora!

—Lo pasado, pasado. Á distraerte, á ponerte bueno, á procurar recobrar el terreno perdido, que á Dios gracias jóvenes eres todavía, y... te casaras y viviríamos todos como ángeles. ¿No tendrías ánimo para llegar á Echéderra?

—Lo dudo, tío, aunque lo deseo.

—Pues es necesario que hagas de témpas corazón, porque la pobre Juana no tiene mas consuelo ni mas amparo que el nuestro, y es preciso que no la abandonemos enteramente á la crueldad y la tiranía de su hermano.

—Su hermano!... Ay tío! Si en la tierra no hay justicia que castigue tales monstruos, ¿cómo la justicia divina no los confunde?

—Mateo! Dios es siempre justo, y nunca deja de tomar en cuenta lo malo y lo bueno que el hombre hace. Bautista ha conducido al sepulcro á sus padres, y no dudo que tarde ó temprano reciba su merecido.

En esta triste conversacion subieron poco á poco la cuesta que separaba el valle del caserío de Echéderra.

Al llegar á los cerezos que procedían á este, se asomó Juana á la ventana, y como lo vió, salió á su encuentro radiante de alegría.

—¿La joven vestía luto...? ¡Juro so el cuerpo y luto en el alma!

Quiso conducir á los recién llegados á la casa; pero ellos prefirieron sentarse en un poyo de piedra que había á la puerta, porque estaban demasiado cansados para subir las escaleras, y además aquel sitio ofrecía una vista deliciosa, pues desde allí se descubrían todo el valle y las montañas del otro lado del Cadagua, donde se alzaba como un negro espejito la torre de la Jara, recuerdo de los célebres bandos óncino y gambolón.

—Y Bautista? preguntó D. José.

—Ha ido á Avellaneda, contestó la joven.

Conviéndonos advertir que en la época á que nos referimos, es decir, á fines del siglo pasado, Avellaneda, aldea del concejo de Sopena, casi confluente con Güeñes, era la residencia de un teniente corregidor de Vizcaya, y por consiguiente cabeza de partido judicial de las Encarriaciones.

—Estamos en la época de la *layuda*, dijo el cura, y vuestros rastros siguen siendo rastros... ¿Cómo abandona tu hermano de esa manera la labranza?

—¿Y señor D. José! no puedo explicar á Vd. la causa de tal abandono. Dos ó tres veces hemos sido llamados Bautista y yo á Avellaneda á declarar en la causa de los carboneros presos por el robo que á Vds. se hizo, y desde entonces el teniente corregidor no se ha vuelto á acordar de nosotros; pero con todo eso mi hermano va casi todos los días allí. Hace mucho tiempo que es un misterio impenetrable cuánto dure en esta casa, y á mí ver ese misterio tiene relación con la muerte de mis padres... Padres de mi alma!

Juana se echó á llorar sin consuelo.

—Vamos, Juanita, le dijo el cura, ¿qué viene eso llanto? La resignación es una de las primeras obligaciones del cristiano. La vida de los padres era de Dios, y Dios dispuso de ella. ¿Acaso debemos quejarnos de lo que Dios hace? Pero explicados si puedes qué clase de misterio ves tú en la muerte de tus padres.

—Hacia tiempo que mi hermano se encerraba en su cuarto con un hombre de mala traza, y para nosotros desconocido, que venía á casa de noche. Mi padre extrañaba, como mi madre y yo, aquellas visitas. Una noche, que como nosotros, se había ya acostado, le sentí levantarse y acercarse de puntillas á escuchar lo que pasaba en el cuarto de mi hermano que se había encerrado con el desconocido. En seguida volví á la cama, y poco después oí á mi madre sollozar. Al día siguiente se levantaron mis padres como si hubiesen pasado una gran enfermedad, y su salud comenzó desde entonces á quebrantarse de tal modo que á los tres meses murió mi madre, y mi padre á los cuatro.

—Verdaderamente eso es asombroso! exclamaron D. José y Mateo.

—Tío, añadió este último, una sospecha terrible me asalta...

—Mateo! le interrumpió el cura, no pensamos mal de nadie; sería el colmo de la iniquidad y la ingratitude!

Juana no comprendió el sentido de estas palabras.

—Pero, ¿y cómo le trata ahora tu hermano? lo preguntó Mateo.

—Nunca veo la sonrisa en sus labios; nunca me dirige una palabra cariñosa, y algunas veces me maltrata.

—¿Qué inicio! exclamaron indignados el párroco y su sobrino.

—Yo le veré y le diré lo que viene al caso, añadió el primero.

—¿Ah! no por Dios, señor D. José! exclamó Juana aterrada. No le diga Vd. nada, que será capaz de matarme, pues me ha dicho que me ha de matar si me quejo á Vds. ó á cualquiera otra persona del mal trato que me da.

—Pues bien, dijo el cura, sufrí resignada algun tiempo, que Dios dará pronto la salud á Mateo, y la víctima será entonces arrancada de manos del verdugo...

—Callemos por Dios, que ya viene mi hermano, dijo Juana viendo acercarse á Bautista por una trosterita á fin de piedra de la casa.

—Y en efecto, todos guardaron silencio esperando la llegada de Bautista.

VII.

LA VENTA SACRÍLEGA.

Bautista se estremeció al ver á D. José y al indiano, porque sin duda temía que le dirigiesen grandes cargos por su conducta; sin embargo, procuró reponerse de su turbación, y los saludó con bastante desembarazo.

—¿Podemos saber de dónde vienen, Bautista? le preguntó el cura.

—Si señor, contestó el joven turbándose nuevamente, vengo de los Somos de ver si Miguel al cesterío ha concluido unas banastillas que le encargué.

—Mucho has tardado para estar la casa de Miguel un cuarto de legua de la vuestra.

—Es que... Miguel me ha hecho quedar á comer con él.

El cura y su sobrino, que eran excesivamente crédulos como suelen serlo las personas bondadosas, creyeron que Juana se había equivocado, no dudaron que Bautista venía de los Somos y no de Avellaneda.

—¿Pero es posible, Bautista, continuó el cura, que así abandones la labranza, que cuando todo el mundo ha dejado ya sus tierras no hayas vuelto un terron de las tuyas? ¿Qué pensamientos son los tuyos, hombre?

—Es que no pienso sembrar.

—¿Cómo!... exclamaron el cura y su sobrino. ¿E posible tal abandono!

—Como que pienso vender la casa y la hacienda para que mi hermano y yo podamos ir á vivir á Bilbao, donde pondremos una tienda con lo que nos valgan estos miserables terrones, que aunque uno reviente á trabajar, no dan para bastarse de borona y patatas.

—¡Vender la casa y la hacienda! exclamó el cura tan indignado de semejante proyecto como Mateo y Juana. «Es imposible, Bautista, es imposible que reniegues de tu origen hasta el extremo de vender la casa donde nacieron y murieron tus antepasados, donde nacieron y vivieron tus padres, donde naciste tú!... Sin duda te chancas, Bautista, ó has perdido el juicio.

—Ni me chanco ni he perdido el juicio, replicó el jóven revistiéndose de cierta insolencia. «Estraño mucho que Vds. se metan en camisa de once varas. Como hermano mayor, soy el heredero de estos bienes, y puedo hacer de ellos lo que me dé la gana.

—Eos bienes pertenecen también á tus hermanos.

—En dando á mis hermanos los quinientos ducados de dote que á cada uno corresponden, haré lo que se me antoje. Mañana mismo que es domingo, voy á poner en el pórtico de la iglesia el anuncio de la venta.

—¡Qué iniquidad! ¡qué iniquidad! exclamaron el cura y el indiano, en tanto que Juana se deshacía en lágrimas sin atreverse á desplegar sus labios.

—He dicho y repito, dijo Bautista, que haré lo que me dé la gana. Métanse Vds. en sus negocios, y déjenme á mí los míos.

El cura iba á replicar; pero Bautista le volvió la espalda y se entró en casa cantando:

«En mi casa hay un libro,
dice la letra:
en cuidados ajenos
nadie se meta.»

—Juana, dijo el párroco, apártate de ese monstruo, vente con nosotros, y jamás vuelvas á mirarle á la cara.

—¡Ah! no me atravo, contestó Juana, no me atravo porque será capaz de matarme.

—Juana, Juana! gritó Bautista con voz terrible desde el interior de la casa, ya estás ahí demás.

—No le hagas caso, vente con nosotros, la dijeron á la par D. José y Mateo procurando detenerla.

—No, no, que sería capaz de matarnos á los tres antes de pasar de los cerezos al viera que yo me escapaba con Vds. Queden Vds. con Dios, que si no le obedezco inmediatamente, pobre de mí!.

Y se apresuró á subir las escaleras.

El cura y el indiano tomaron el camino de Güeñes en silencio y con los ojos arrasados de lágrimas. Al llegar á la mitad de la cuesta en una especie de esplanada donde el camino de Echederra se juntaba con el de los Sónos, se sentaron á descansar y á rezar el Ave-María, que tocaban en la iglesia de San Isidro.

—Tú, dijo Mateo así que concluyeron el rezo, no dude Vd. que Bautista venderá la casa paterna. Es necesario que el caserío de Echederra no salga del poder de la familia que le ha poseído siempre. Voy á emplear en él lo poco que me dejaron los ladrones del capital que traje de América, y el día en que Ignacio vuelva de Méjico, venga pobre ó vanga rico, le diré: «Ahí tienes el sagrado hogar de tus padres que tu hermano vendió sacrilegamente.» Si Dios permite que me una con Juana, viviremos en él hasta que Ignacio vuelva, y fecundaremos con el sudor de nuestra frente las tierras que hoy estan abandonadas é infructíferas.

—¡Bien, Mateo, bien! exclamó el cura conmovido echando sus brazos al cuello de su sobrino. ¡Tienes el alma mas noble de este mundo!

—No es ese que viene ahí Miguel el cesterero? dijo Mateo señalando hácia abajo.

—¡En efecto, él es! contestó D. José. No tiene traza de venir de los Sónos, donde debía estar segun lo que nos ha dicho Bautista.

Miguel, que venia montado en una mula, llegó á la esplanada.

—Buenas tardes, ó por mejor decir buenas noches, señor D. José y la compañía, dijo deteniendo la mula.

—Hola, Miguel! ¿de dónde se viene?

—De Bilbao, de vender un poco de obra; por cierto que no hemos hecho mucho negocio, porque he tenido que estar por allá dos dias, y aun así la he vendido á menosprecio. Ya se ve, los tiempos estan malos, ¿y qué hace uno con la caballería en Bilbao, donde todo cuesta un sentido? ¿Y Vds., vienen de dar un paseito, no es verdad? Bien hecho, que así irá tomando fuerzas D. Mateo.

—Sí, póquito á poco hemos llegado hasta Echederra.

—Hola! no ha sido malo el paseo, ¿no? ¿qué me dicen Vds. de aquella gente? ¿Saben algo del indiano? Yo hace un alglo que no veo á Bautista.

—No, no se sabe nada.

—Si él estuviera en Echederra, mejor arreglado andaría aquello.

El del Bautista es un baragan; no hace caso de la labranza. ¡Qué lástima de lava! ¡Válgame Dios! si Martín y Mari que estan en gloria alzóran la cabeza de la sepultura y vieran cómo está su hacienda, se volverían á morir de pesadumbre.

—¿Pues no sabes, dijo el cura, que Bautista trata de venderlo todo?

—En el nombre del padre y del hijo!... ¡Qué me dica Vd., señor Don José! exclamó Miguel santiguándose.

—Lo que oyes.

—¡Vamos, si no se puede creer una atrocidad como esa! ¿Es posible que un hombre tenga valor para deshacerse como quien dice de escaña donde se sentaron sus abuelos, sus bisabuelos, y todos los nacidos? Ni por todo el oro del Perú vendia yo mi casa y mi hacienda; porque, ¿qué mayor gloria que poder decir todos los días: este árbol le plantó mi padre; este otro le plantó mi abuelo; aquí jugábamos mis hermanos y yo cuando éramos niños; aquí se sentaba mi madre; aquí... en fin otras cosas que uno no sabe explicar? Picaro de Bautista! Si lo supiera Ignacio, que era tan buen muchacho, se plantaba en Echederra de un brinco y no consentía semejante barbaridad.

—Pues para evitarle al pobre que le disguste de que la casa donde nació salga de poder de la familia, trata mi sobrino de comprarla.

(Continuará.)

EL DIA DE LOS DIFUNTOS.

¡Qué triste Madrid reposa
entre dolor y buñuelos,
mientras suenan las campanas
en memoria de los muertos!
Reinan en calles y plazas
la soledad y el silencio,
y el sol embozado en nubes
contempla su desconsuelo.

Corred, mortales, os llaman
los graciosos cementerios
que van cercando la villa
y aromatizan sus céfros.

Acudid á esos palacios
de gusto antiguo y severo,
con sus leyendas latinas,
y guardañas, y mochuelos.

Vosotros que emparedados
teneis allí vuestros deudos,
llorad... y secad los ojos
hasta el año venidero.

¡Qué tristeza! los jardines
que dejó el otoño secos,
hay la multitud convierte
en elegantes paseos.

¡Cuál el dolor engalana,
porque es de moda el hacerlo,
los solitarios sepulcros
con tiernísimos recuerdos!

Sobre las letras doradas
de aquellos mármoles negros,
y en largos renglones prueban
la modestia de sus dueños,
de amarillas siempre vivas
mece unas rocas el viento,
con la inscripcion elocuente
de «Á MI TIA» ó «Á MI ABUELO.»

Y acaso al que nunca supo
dónde están los Pirineos,
«Á MON FÈRE CHEB» le dicen,
para que aprendan sus huesos.

Al lado cuelgan á parés
medalloncitos diversos,
con sanes y cenotafios
hechos de anónimo pelo.

Y en el nicho entre cristales
sirven de adorno y recreo
angelitos compungidos
y cipreses y floreros.

Delante arden todo el dia
cuveltos en humo denso,
seis hachones vigilados
por dos lacayos muy tiesos.
¡Cuán grave está aquel recinto!
¡cuan imponente es su aspecto!

con tantas cosas colgando
parece tienda de lienzos.
Y á vuestros piés igualmente
otro mortal como aquellos
sin una flor ni una lágrima
yace olvidado en el suelo.

Mas no todas las coronas
y cintas de terciopelo,
que del corazon publican
en francés el sentimiento,
no todas, no todas llevan
sobre aquellos frios restos,
para el difunto una lágrima,
y una oracion para el cielo.

Cualquier criado las compra,
las cuelga un sepulturero;
si las ve quien mandó hacerlas,
es por contemplar su mérito.

Salgamos ya; fuera lástimas;
corred, triscad, madrileños;
por el suelo revolcaos
entre retozos y almuerzos.

Si esta noche no hay teatros,
hay castañas y jaleo;
tú sabrás hallar placeres,
mil veces dicho el pueblo.

Comed, comed; cese el llanto:
¡qué importan los que murieron!
si ellos vivieran, de fijo
que lo mismo hicieran ellos.

José GONZALEZ DE TEJADA.

EL NIÑO EN ALTO.

FÁBULA IMITADA DEL FRANCÉS.

Trepó sobre una silla, y arrogante
Un chiquillo gritó: Yo soy gigante.
Monnelo saltarín, dijo un anciano,
Baja y serás enano.

EL AGUILA Y EL CARACOL.

FÁBULA IMITADA DEL FRANCÉS.

Vió en la eminente roca donde anida
El águila real, que se le llega
Un torpe caracol de la honda vega,
Y esclama sorprendida:
¡Cómo con ese andar tan perezoso
Tan arriba subiste á visitarme?
Subí, señora, contestó el baboso,
A fuerza de arrastrarme.

EL ASTRÓLOGO Y EL MENDIGO.

FÁBULA IMITADA DEL ALEMÁN.

Observaba un astrónomo un lucero,
Poniendo en estudiarle tal abinco,
Que le pidió limosna un pordiosero
Una vez y otra vez; tres, cuatro y cinco;
Y él con antejo en mano,
Haciéndole á la estrella puntería,
Ni vió ni oyó siquiera al que pedía.
El pobre al cabo tócale en el hombro,
Y le dice: Señor, menos lejanó
Teneis algun objeto
(Perdonad os suplico si os inquieto)
Bien digno de atencion para un cristiano.
Contemplad en buen hora con asombro
En ese inmenso enjambre
Que forman agrupadas las estrellas;
Mas aunque andeis embebecido en ellas,
No se os olvide que en Galicia hay hambre.

J. E. HARTZENBUSCH.



Con este número repartimos un prospecto de LAS NOVEDADES, periódico que ha llegado á adquirir una popularidad sin ejemplo en España; los suscritores del SEMANARIO que quieran recibir dos números por vía de muestra, no tienen mas que pedirlo en carta franqueada: es el único medio de formar cabal idea del periódico.